

Pesadilla Blanca

Damian Jewel Olhouser

Image not found.

Capítulo 1

¡Esto es increíble! – Exclamé en voz alta mientras observaba, literalmente, la nada misma.

En la inmensa y eterna blancura de aquel paisaje, me encontraba solo yo y nadie ni nada más. Giré mi cuerpo hacia la derecha, nada. Giré mi cuerpo hacia la izquierda, nada. Miré hacia arriba, miré hacia abajo, nada. Solo llevaba dormido apenas diez minutos, y mi mente en este breve lapso de tiempo, no había podido crear nada a mí alrededor. Me encontraba dormido en la nada misma.

¿Hola? – Pregunté balbuceando, esperanzado de que alguien más aparezca en este sueño. Mi corazón se aceleraba poco a poco, y el miedo me invadía al estar tan solo en aquel mundo. Intenté moverme dando un paso hacia adelante, y lo logré. ¿Acaso podía pensar y controlar lo que hacía y lo que pasaba en mi propio sueño? Lo intenté nuevamente... otro paso hacia adelante. Y otro. Y otro. Pero, ¿Hacia donde estaba yendo? Aquí no hay nada. Si tan solo hubiese una puerta por aquí.

Detrás de mí, se oyó un sonido brusco similar a un portazo, que me obligó a girar rápidamente. A tan solo metros de donde me encontraba parado, pude divisar un picaporte metálico flotando en la blancura de la escena. Estaba harto ya de esta blancura solitaria, y sin dudarlo me dirigí a tomar el picaporte sin importar que hubiese detrás de esa puerta. Giré con seguridad el objeto, la puerta cedió y me adentré sin siquiera mirar que había dentro. Cuando solté la puerta, esta se cerró detrás de mí, emulando el sonido brusco con el que apareció hace apenas instantes.

Una vez más, me pregunté si podía controlar este sueño. Estaba cansado de la blancura del paisaje anterior, y este sueño, ahora me escuchó y me obsequió lo contrario: Oscuridad. Completa oscuridad cubierta por este manto negro que se extendía hasta quien sabe dónde. Ahora ya no me sentía solo, y esto me alarmó aún más. Sentía que había alguien observándome, esperando mi siguiente movimiento. Sentía como percibía mi miedo, y como se alegraba de que esté asustado.

Cerré los ojos fuertemente, y dejé de moverme. Ni siquiera respiraba. Y pedí, quien sabe a quién, controlar aquel sueño... rogué por encontrar paredes y un interruptor. Rogué por luz.

En aquel momento, extendí mis brazos y di un paso hacia adelante, hasta que las yemas de mis dedos rozaron una áspera pared. Esperanzado ante la respuesta a mi plegaria, abrí los ojos pese a la completa oscuridad y comencé a palpar la pared con ambas manos, buscando el interruptor que encienda la luz de aquella habitación. Di con él con mi mano

izquierda, y ante mi leve sonrisa, oprimí el botón.

Quedé encandilado unos segundos como consecuencia de la brillante luz del foco que había a medio metro por encima del interruptor. Cuando me reincorporé, mis ojos comenzaron con el reconocimiento del lugar. La puerta que se había cerrado hace unos minutos ya no existía, y hacia la izquierda solo había una pared sin revocar, idéntica a la que se encontraba frente a mí. Mi único camino se encontraba hacia la derecha: Unas escaleras, dirigiéndose nuevamente hacia una oscuridad tenebrosa.

¡Ya no quiero seguir con esto, quiero despertar! – Dije en voz alta con miedo. Pero desde el fondo de mi mente, sabía que eso no iba a ser posible. Sabía que nadie me concedería este deseo. Sabía que el único camino posible para terminar con esta especie de pesadilla, era dirigirme hacia las escaleras, esperando encontrarme allí arriba con el creador de esto. Tomé una bocanada de aire, buscando alguna especie de valor, y emprendí viaje.

Escalón por escalón fui subiendo aquella escalera caracol. Y mientras avanzaba, se hacía más y más oscuro el paisaje. De pronto, escucho un extraño gruñido proveniente de varios pisos más arriba. Mis piernas se detuvieron en ese momento y mi audición se agudizó. Podía escuchar una especie de animal, o vaya uno a saber, que descendía lentamente por estas mismas escaleras con sus cuatro patas. El pánico se adueñó de mí al saber que abajo no había escapatoria. Solo me quedaba subir, y encontrar una puerta antes de que esa especie me vea y haga lo que quiera conmigo.

Tomé valor una vez más, y comencé a correr escaleras arriba, tanteando las paredes ante la escasa iluminación que todavía emanaba el foco del primer piso. Cada vez más cerca se escuchaba el gruñido. Sentía que la bestia también había aumentado el ritmo, y bajaba más deprisa. Ambos íbamos al encuentro del otro... y solo uno se encontraba contento con esta situación.

De pronto, sentí una fuerte punzada en mi mano derecha, seguido de un rasguño profundo en el mismo sector. Me detuve en ese momento y volví sobre mis pasos, hasta encontrar el desencadenante de aquella herida. Toqué desesperado, ante el acercamiento de la bestia, varios sectores de la pared hasta encontrar algo que me alentara a continuar con este sueño. Centímetros más abajo, lo hallé. Era un picaporte, y sin dudar, me adentré a otra habitación, aunque ésta a comparación de la anterior, me encandilo con su luz natural.

La puerta cerrándose detrás de mí, y el sol saliendo por el horizonte detrás de las montañas llenas de nieve, me tranquilizó poco a poco. Me sostuve de la baranda helada de aquel balcón, producto de la nieve caída, y observé hacia abajo. Me encontraba verdaderamente alto y

sabía que caerme desde aquel lugar, me significaría la muerte instantáneamente.

El choque de la bestia contra la puerta me desvió el pensamiento. Había olido mi sangre, proveniente de la herida que me produjo el contundente objeto, y solo quería entrar para hacerme daño. Él sabía que pronto la puerta cedería, y debido a esto, golpeaba una y otra vez contra ella. Mi fin estaba cerca... pero mi mente se aclaró una vez más en ese entonces:

Esto es un sueño – Pensé en voz alta. Por experiencia, sabía que nunca pasaba nada si estaba a punto de morir ya que siempre despertaba antes.

Ahora solo tenía que decidir mi forma de "morir" para salir de este sueño: Esperar y conocer a la bestia, viendo como sus dientes se acercan sin piedad a mí, dándome un miedo inolvidable, o simplemente arrojarme por el balcón con los ojos cerrados.

Sabiendo que a la criatura le llevaría algunos minutos más entrar a la habitación, opté por saltar al vacío. Crucé ambas piernas por la baranda del balcón, sosteniéndome en todo momento con las manos. Luego de tomar coraje unos segundos, cerré mis ojos y me solté.

Sentía la brisa del helado aire en mi cara mientras caía, y decidí abrir los ojos. Poco a poco me acercaba al piso y el efecto deseado se hacía esperar. Y cuando los montículos de nieve se encontraban a menos de un par de segundos de mi cara, entendí que, sea cual sea la opción que elija para morir, mi destino estaba tallado: Nunca despertaría nuevamente en mi cama. Quizás, nunca despertaría.